

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS Y EL MESTIZAJE CULTURAL (II)

JOSÉ IGNACIO ÚZQUIZA GONZÁLEZ
Universidad de Extremadura

Resumen

José María Arguedas es uno de los escritores andinos más importantes de Iberoamérica. Sus distintas facetas de narrador, poeta, antropólogo, viajero, ensayista y profesor proyectan un mismo mensaje: el de reivindicar la cultura india quechua y el de buscar, como mestizo que era, alguna articulación entre dos mundos enfrentados en su país, el mundo de origen hispano-criollo y el de origen indígena. En la segunda parte de este artículo se profundiza en el mestizaje literario y cultural que él representa.

Palabras clave: Mestizaje, articulación.

Abstract

José María Arguedas is one of the most important Andean writers of South America. Whether as a writer of pose fiction, poet, anthropologist, traveller, essayist or teacher his message is the same: the need to vindicate Quechua culture and find, as the product of racial mix himself, some sort of fit between the conflicting worlds of his country, the world of the Hispano-Creole and that of indigenous origin. The aim of this second part is to explore the literary and cultural mix that he represents.

Keywords: «Mixed people», articulation.

En el artículo anterior habíamos visto la figura de José M^a Arguedas y su proyecto vital y literario, en el contexto del mestizaje problematizado de su país, el Perú; como mestizo heredero de dos culturas que se excluían mutuamente entre sí, la hispánica y la india quechua, se propuso lo mismo reivindicar el valor de esta cultura quechua que servir de mediador adecuado entre esta cultura y la cultura hispánica, dominante en el país; finalmente frente al mestizaje interesado de algunos escritores mestizos que hablaban de lo indio como excusa, mayormente, para su propia promoción, Argue-

das, que conocía y amaba la cultura quechua y a sus gentes, planteó un tipo de mestizaje más crítico, abierto y sincero, no exento, sin embargo, de cierto utopismo con rasgos paternalistas, evidentes en obras como *Todas las sangres*, aunque no tanto en su última impresionante obra póstuma, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. En calidad de narrador y poeta que era, a Arguedas se le podría aplicar aquello que él mismo dijo de otro escritor peruano, Oswaldo Reynoso: que en él se unían «la jerga [cultura] popular y la alta poesía [o literatura] reforzándose, iluminándose». El artículo anterior terminaba recordando lo que el escritor chileno, Jorge Edwards, dijo de Arguedas: «su persona y su obra eran la síntesis extraordinaria del ancestro hispánico y de la cultura indígena», añadiendo que «es posible que él mismo no haya entendido a fondo esa dualidad, no haya sabido asimilarla y que ese conflicto lo haya llevado a la depresión y al suicidio», reconociendo Edwards, sin embargo, que «aún nosotros no hemos resuelto el tema “indio” hasta el día de hoy y nadie sabe si lo vamos a resolver»; el artículo, al final, recogía, casi como una advocación, las palabras del sabio indio, Ciprián Phuturi, de que «las cosas valen cuando están en su punto de equilibrio (“tanteo puntun chaykuna valen”)), dentro de uno y fuera de uno mismo también.

Prosiguiendo ahora con este trabajo, señalamos que el mismo Edwards evocaba al poeta y crítico chileno Pedro Lastra, amigo de Arguedas, el cual contaba cómo el propio Arguedas le envió un ejemplar del número 1 de la revista «Folclore Americano», que contenía un conjunto, anotado por él, de cuentos indígenas o mestizos mágico-reales, con un apartado o «categoría especial» de «cuentos de condenados y suicidas», propios de esas regiones andinas, como el Valle del Mantaro, que Arguedas conocía tan bien y tanto le atraían: «Este tipo de condenado —reconocía Arguedas— es un personaje benéfico, una figura tierna y poética, que expía la culpa de un pecado de orden cristiano (el suicidio), prestando servicios a su familia. Tiene poderes sobrenaturales; es amantísimo y triste; uno de ellos (el 25), al tiempo de despedirse, deja en su casa, como recuerdo, «flores y piedras de la otra vida»; otro (el 27), le ruega a su madre: «No llores, pues cuando lo haces el río se lleva mis inmensos cañaverales y mis hermosas flores» [...] Pero aún en esta categoría, el creador anónimo no ha olvidado [...] la parte bárbara del corazón humano. Los padres de uno de estos dolientes condenados se niegan a salvarlo. El diálogo es cruel». Para terminar, habla, igualmente, de algunos condenados antropófagos, y todos ellos —dice— «constituyen la expresión más intensamente elaborada por el pueblo».

Veamos ahora el ejemplo 25 de estos relatos, citado por el autor¹:

¹ Revista *Folclore Americano*, nº 1, Lima, 1953; comentarios de J.M. Arguedas, págs. 127 y ss.

Era un matrimonio chacapalpino que tenía dos hijos, el mayor era el joven Tomás Artica y la menor era Inés. Esta familia cuidaba el puente de Pachacayo, sobre el Mantaro, percibiendo los derechos de «pontazgo».

Desgraciadamente la discordia se albergaba en el hogar de esta familia. No había comprensión entre los esposos, por lo que vivían riñendo continuamente. El joven Tomás sufría lo indecible al presenciar las continuas riñas de sus progenitores y hacía lo imposible por averarlos. Les pedía llorando que viviesen en paz. Pero ni súplicas, ni amonestaciones, ni amenazas, ni reflexiones aprovechaba el genio iracundo de sus padres, que parecían incorregibles en su manía de reñir.

Un día les advirtió que si seguían peleando se aventaría al Mantaro. Sus padres no quisieron creerles y promovieron nuevos escándalos en la casa. Era el mes de febrero y el río iba cargado hasta el tope bajo el puente. Al ver la nueva tormenta conyugal y hastiado de espectáculos tan bochornosos para él, el joven resolvió cumplir su trágica amenaza. Se aproximó a la orilla del río junto al puente, y desde ahí les increpó a sus padres:

—¡Ya que ustedes no hacen caso de mis ruegos, me voy para siempre! ¡Adiós! ¡Adiós!

Y con las últimas palabras, su cuerpo caía al agua. Su hermana que vio el fatal desenlace, corrió gritando:

—¡Ya se fue mi hermano al río! ¡Tomás! ¡Tomás!

A sus gritos salieron los padres y corrieron desolados por la orilla. Lloraron, gritaron, pero el hecho no tenía ya remedio.

Después de varios días de búsqueda hallaron el cuerpo del suicida y lo enterraron con mucho sentimiento. Toda la familia lloraba juntamente con sus parientes de Chacapalpa.

Tiempo después, estando una noche la familia reunida en la casa, se presentó Tomás pidiendo que le diesen su guitarra, pues quería cantar, tocar y llorar su suerte. La madre se enterneció sobremanera al ver la presencia de su hijo, y olvidándose que había muerto, exclamó llena de gozo:

—¡Inés! ¡Inés! ¡Dale la guitarra a Tomás! ¡Gracias a Dios, mi hijo ha vuelto! ¡Mi hijo ha vuelto!

Pero Tomás estaba «condenado». Se puso a cantar y tocar su guitarra, pero con aire triste y extraño, con una voz de ultratumba. La familia le escuchaba sin decirle nada. A la una y media de la madrugada dijo que se iba porque era ya hora. Dios le había concedido permiso hasta esa hora no más. Luego prosiguió:

—Tengo un castigo de Dios para estar tres meses en la tierra, acompañándolos a ustedes. Todos los días vendré a la misma hora.

Al día siguiente volvió a la misma hora indicada, y a partir de ese día sus visitas continuaron sin interrupción.

Su prima Emilia Artica llevó la noticia a Chacapalpa y pronto se difundió por todo el pueblo. Todos sabían que Tomás se había condenado y tenían miedo.

Un negociante tenía en un cuarto treinta barriles de aguardiente para «trasijar» (trasegar). Un hombre fue a tocarle la puerta al caer la noche para comprarle una botella de aguardiente, pero demostrando bastante prisa en su demanda, diciendo que

le despachara rápido porque el condenado Tomás Artica podía comerle. El negociante le despachó diciéndole con tono de suficiencia y desdén:

—¡Qué te va a hacer ese maldito «condenado»! ¡Por su gusto se ha ahogado!

Esa misma noche, para vengarse de la injuria, el «condenado» entró al cuarto en que estaban los treinta barriles, les quitó la tapa y los puso boca abajo. Al día siguiente el negociante encontró el cuanto inundado de aguardiente y los barriles vacíos.

Otro día el tío de Tomás había sufrido el robo de una piara de mulas. En la noche sus padres le contaron, medio en broma, los apuros en que se hallaba su tío buscando las mulas robadas. Entonces Tomás les anunció que a la noche siguiente no vendría, pues iba a buscar las mulas de su tío. Efectivamente, al otro día no fue. Había ido a traer las mulas que estaban en los pastos de Santa María, de Tarma. Las mulas llegaron al corral sin que faltase una sola, todas mojadas por el sudor de la caminata.

Pero llegó el fin de sus visitas. Se cumplieron los tres meses que Dios le había dado para servir a su familia, y la última vez que vino habló a sus padres de la siguiente manera:

—Aquí les traigo piedras y flores de la otra vida. Ya Dios me ha perdonado mis pecados. Me voy para siempre. ¡Adiós!

Y se fue dejando en su casa las piedras y las flores de forma extraña, de la otra vida.

Lo que fue el suicidio de Arguedas y su proyecto de vida y obra revelan una crisis considerable del mundo en que vivió, una crisis que no quería ser entendida, ni asumida y que, por tanto, no ha sido superada, derivando en muchas formas de violencia hasta hoy; da incluso la impresión, en la distancia, de que a este autor muchos lo han convertido en un icono más que literario, para así neutralizar mejor la audacia de sus planteamientos, los cuales llevarían a revisar la idea misma de la nación peruana y, tal vez, en un sentido ya más amplio, la de la América Latina toda entera.

Recordemos cómo Arguedas mismo, en su última obra, *El zorro*, una obra en la que la historia narrada está cortada por varios Diarios personales, donde el autor cuenta la odisea que está pasando para escribir esta obra, al final de la cual se quitará la vida y donde también expresa su visión de la literatura latinoamericana y de su país, cómo, pues, Arguedas mismo, comienza su obra:

«Santiago de Chile, 10 de mayo de 1968.

En abril de 1966, hace ya algo más de dos años, intenté suicidarme. En mayo de 1944 hizo crisis una dolencia psíquica contraída en la infancia y estuve casi cinco años neutralizado para escribir. El encuentro con una zamba gorda, joven prostituta me devolvió eso que los médicos llaman “tono de vida”. El encuentro, con aquella alegre mujer debió ser el toque sutil, complejísimo que mi cuerpo y alma necesitaban para recuperar el roto vínculo con todas las cosas. Cuando ese vínculo se hacía intenso podía transmitir a las palabras la materia de las cosas. Desde ese momento he vivido con interrupciones,

algo mutilado. El encuentro con la zamba no pudo hacer resucitar en mí la capacidad plena para la lectura. En tantos años he leído sólo unos cuantos libros. Y ahora estoy otra vez a las puertas del suicidio, porque nuevamente me siento incapaz de luchar bien, de trabajar bien. Y no deseo, como en abril del 66, convertirme en un enfermo inepto, en un testigo lamentable de los acontecimientos.»

Y, luego, añade en Carta a su editor Gonzalo Losada: «*El zorro...* ha sido escrito a sobresaltos en una verdadera lucha —a medias triunfal— contra la muerte. Yo no voy a sobrevivir al libro. Como estoy seguro que mis facultades y armas de creador, profesor, estudioso e incitador se me han debilitado hasta quedar casi nulas y sólo me quedan las que me relegarían a la condición de espectador pasivo e impotente [...], no me sería posible tolerar este destino».

Así afirmaba en *El zorro* que «sentía una pegazón de la muerte en un cuerpo aún fornido». Esta obra recoge un mito del Perú antiguo que habla de encuentros milenarios entre el zorro de la sierra y el zorro de la costa, en un lugar llamado Huarochirí, para tratar de las respectivas cosas de sus distintas regiones; encuentros que, a su vez, dan lugar a misteriosos sucesos; y en esta obra, Arguedas hace que aquellos zorros del pasado vuelvan a encontrarse —y a danzar juntos— en la industrial ciudad de Chimbote, con el fin de debatir acerca del Perú de finales de los años sesenta, dando lugar a un relato inconcluso y trunco, un relato sin bordes definidos, desintegrado, y tan ficticio como cierto; el autor estuvo cuatro meses en Chimbote, entrevistando a la gente y recogiendo su lenguaje y su problemática².

Este libro fue dedicado por Arguedas a Máximo Damián Huamani, un intérprete de música folclórica, al que el propio Arguedas rogó que tocara

² El suicidio de Arguedas («una ceremonia honrada y no una fantochada del carajo») tendría que ver —hasta donde puede saberse— con aquella «dolencia psíquica» de la que hablaba y, luego, reeditada de varias formas, pero, también, tendrá que ver con el modo en que fue tratada su obra *Todas las sangres*, vital para él, y con la crisis de su entorno familiar y la incompreensión de amigos y camaradas políticos...

Por otra parte, algunos autores han considerado que el proyecto y obra de Arguedas son «una utopía arcaica y obsoleta», «una hermosa mentira», y su suicidio «un chantaje al lector» (M. Vargas Llosa, «La utopía arcaica», México, FCE, 1996 y *Rev. Iberoamericana*, n^{os} 110-111, «Literatura y suicidio. El caso de Arguedas»); ante estas opiniones, queda uno preguntándose, pero ¿a quién o a qué se refiere este autor realmente con estas palabras? ¿A Arguedas? (!!); en otro lugar Mario Vargas habla de la angustia que sentía Arguedas al mezclar sus problemas personales con los conflictos de su país, en medio de los cuales «le escuchamos —dice— frágil y sin esperanza, al borde del abismo, pidiendo a sus compatriotas, a través de gestos contradictorios, afecto, reconocimiento, compasión»; ahora bien, esta petición ¿no será en cierto modo la que dirige el propio Vargas a sus compatriotas, como ha sido ya señalado, entre otros por Rocío Silva Santisteban?

Arguedas mismo comentó en el Tercer Diario de *El zorro...*: «Mario estuvo un día en casa. Desde los primeros minutos comprendí que habíamos andado por caminos bien diferentes».

el violín, «violín en agonía», en su funeral, como así lo hizo Huamani, pues ambos habían sido amigos y habían tocado y bailado juntos muchas veces: «el doctor Arguedas bailaba bonito, igualito lo hacía bailar todo. Bailaba con cualquiera, bailaba nomás [...] y cuánto ría, diciendo chistes en quechua; decíamos, por ejemplo, “miskisiki doña Juana, doña Juana, la del trasero dulce”»³.

Con Arguedas se planteaba toda la problemática del mestizaje y su alcance cultural y social. El indigenismo en su mayor parte no era sino un artefacto literario elaborado por mestizos con intereses de autopromoción social: el indio era sólo el medio, el pretexto. Arguedas, en cambio, concibió el mestizaje de otra manera y, aunque quiso ser reconocido como mediador verdadero entre unos y otros, lo cierto es que en la médula de su proyecto —bien cargada por lo demás— estaba el que indígenas, mestizos y criollos se trataran con respeto entre sí, incluso conociéndose y valorándose mutuamente, intentando remontar los siglos de exclusiones, desprecios, vergüenzas y rabias. Ahora bien, ¿esto era posible en su tiempo? Y ¿aún ahora es posible? Difícil; apenas hace poco los indígenas del país vecino, Bolivia, que son mayoría, han conseguido, después de muchas revueltas y quinientos años de postergación, el poder político, y por las vías de una democracia de estilo europeo; pero, ahora ¿querrán y podrán lograr un cierto entendimiento entre todos, independientemente de su origen y de su cultura? O ¿sólo cabe la separación legitimada bajo las formas que sean? ¿Son unos y otros integrables o compatibles entre sí en un plano de coexistencia pacífica y respetuosa?; un escritor guatemalteco, de origen maya cakchiquel, Luis de Lion, desaparecido en 1984, autor de un perturbador relato llamado «El tiempo principia en Xibalbá» (Xibalbá es el inframundo de los mayas), dijo, a propósito del mestizaje, lo siguiente: «No puedo participar del llamado mestizaje, precisamente porque lo hispano es la negación de mi lengua y de mi cultura». Así, para cierta población india, el mestizaje puede ser confrontación, pero para otra, por ej. el chileno, de origen mapuche, Lionel Lienlaf, no tanto: «a pesar de que yo pueda expresar mi poesía oralmente, como poesía cantada, sin mayores problemas, tampoco debería ser excesivamente complejo adentrarse en el mundo occidental, variando mi proceso de escritura y pensamiento» («Cultura Mapuche», El Escorial, 1995); y, en fin, para otra parte de los indígenas puede haber cierta compatibilidad: el asunto es muy complejo.

El mestizaje es una verdad que ha sido conceptualizada de una manera casi siempre interesada y, por ello, falseada. En realidad, el mito de la América

³ José Gushiken, *El violín de Ishua*, Lima, Universidad de San Marcos, 1979. Véase también el número de la revista *Anthropos*, «José María Arguedas, indigenismo y mestizaje cultural», n° 128, 1992.

mestiza fue fabricado en la segunda mitad del siglo XIX por intelectuales y políticos mestizos (al menos de cultura) y se apoyaba en un patrón racial: gentes de distintas «razas», unas consideradas superiores, otras inferiores y aún otras supuestamente intermedias y mestizas, como muro de contención y disolución entre indios y españoles, con aspectos positivos (la mezcla enriquece), pero organizadas con mucha irresponsabilidad: una fuente colonial del siglo XVIII decía de estos mestizos que «es mucha gente —y gente bien dispuesta en todo género de artes e industrias— para tanto abandono». El mestizaje, al final, sería también como una compensación o consolación simbólicas en medio de esa historia trágica entre indios y europeos, a manera de defensa, vaso comunicante o legitimación.

Ahora, el mito o ideal de la América mestiza ¿no será una distorsión interesada de unos por numerosos que sean, con ganas de definir y apropiarse de la totalidad? La idea del mestizaje, tal y como aparece, se sustenta más bien sobre una definición racial y social de las naciones independizadas, en la que el mestizo se quiere erigir en protagonista excluyente y, por tanto, no exento de cierta mala conciencia, convirtiendo su lucha en una gesta, la famosa «gesta del mestizo». Con todo, puede uno preguntarse si no sería más útil dejar atrás toda definición racial de nación y, en consecuencia, toda diferencia social de culturas entendida como choque o como tolerancia multiétnica o multicultural, y resolver entre todos —todos, finalmente, incorporados a la sociedad— problemas comunes, como los del reparto de bienes, la equidad de oportunidades, el funcionamiento no podrido de las instituciones, en particular las del derecho y la justicia, la miseria, la enfermedad, la tradición de la violencia sobre la gente y la naturaleza, y lograr un vivir más digno entre todos los que sean. La tolerancia que defiende el multiculturalismo es equívoca. Lo multicultural ¿no se presenta muchas veces como un modo aggiornato y sofisticado de la misma visión racial o excluyente que ahora ya no puede presentarse como antes? Los conceptos de cultura, identidad y etnia para diferenciar, aislar y enfrentar a las gentes parecen más bien barreras o trincheras artificiales hechas para dar sólo una apariencia de legitimidad a la no cooperación seria entre unos y otros: cada uno debe estar consigo mismo y su grupito.

Por otra parte, el mestizaje tampoco puede considerarse como algo equilibrado y, menos aún, idílico, tipo sincretismo cultural. Esto es, sobre todo, propaganda bien intencionada o hipócrita; la realidad muestra más bien un mundo frecuentemente problematizado, inseguro, con muchos recodos e imprevisible pero, también, rico⁴.

⁴ Véase J.A. Aguilar Rivera, «El laberinto de las identidades», en *Revista Nexos*, México, febrero de 2006; también, *El sonido y la furia*, Taurus, México, 2004. Y Anthony Appiah, «The

En fin, Arguedas mismo, que fue un mestizo consciente y arriesgado en sus planteamientos, tuvo igualmente una visión idealizada del mestizaje, visión que, por dentro, encubría para él tensiones y caras contradictorias y, por fuera, no recibía de criollos y mestizos sino desconfianza, rechazo o indiferencia. Una pregunta interesante sería la de qué pensaron o piensan los indígenas de su proyecto y cómo lo entendieron aquellos que llegaron a conocerlo. Por último, ese proyecto se precipitó, si bien sus brasas siguen todavía ardientes.

En una obra reciente, *Testimonio de un fracaso. Huando. Habla el sindicalista [peruano] Zósimo Torres*, por Charlotte Burenus, el mestizo Zósimo se pregunta «¿Crees tú que puede haber armonía entre los polos más opuestos y distantes de la sociedad? A la hora de la verdad sería un acomodo pegado con saliva. ¿Por qué nuestras contradicciones internas, en vez de resolverse, dieron paso a la mezquindad de las envidias y ambiciones personales?»

Los trabajadores de la Hacienda Huando, entre ellos sobre todo Zósimo, a través de luchas sindicales, arrebataron la Hacienda a los terratenientes y la convirtieron en una cooperativa, con lo que así «la deuda histórica se saldaba» pero esa cooperativa más bien fracasó; el propio Zósimo, muchos años después, en conversaciones con una descendiente de los antiguos dueños, Charlotte Burenus, reconocía que «totalmente otra cosa que la deuda histórica saldada, era haber sido tan indiferentes con la Hacienda, a partir de allí»; indiferencias, incompetencias, traiciones. Pero en este relato, Zósimo dice algo muy curioso: «Y me puse a pensar que la palabra vengo de mi cantaleta, por *eso te vengo diciendo* pudiera entenderse en el sentido que también tiene de venganza, dicho del acto de vengar [...] ¿Es que las palabras pueden portarse según sus modos propios, independientemente de

Multicultural Misunderstanding», en *The New York Review of Books*, 9 de octubre de 1997, en traducción mexicana, «El malentendido multicultural», en *Vuelta*, México, febrero de 1998. Appiah habla de actuar de modo que «todos puedan estar preparados para tratar entre sí de manera respetuosa en una vida civil común [...], una coexistencia pacífica», añadiendo que «tal vez debamos conducir nuestras discusiones sobre la educación y la ciudadanía, la tolerancia y la paz social, dejando fuera el discurso de las culturas» [y las identidades culturales que, al menos en Norteamérica –añade Appiah– se realzan, incluso con «creciente estridencia» como respuesta a su desaparición, ya que todos aspiran a lo mismo]: «Viniendo de un país, como en mi caso, Ghana, encuentro, dice Appiah, la amplia homogeneidad cultural en Norteamérica más notable que su tan mentada variedad». América Latina responde a otras realidades mayormente, aunque varían según los países. Appiah (profesor en la Universidad de Harvard) ha estudiado también la narrativa norteamericana de la esclavitud, así como aspectos de la filosofía contemporánea. Podemos ver finalmente hasta qué punto muchas veces las identidades y creencias humanas pueden servir más para aislar y enfrentar a los seres humanos que para crear entre ellos vínculos de simpatía y colaboración.

Finalmente, evoquemos aquello que se dijo que fue una de las críticas que intelectuales y políticos europeos del siglo XIX dirigieron al imperio Otomano: el de definirle como «degeneración multicultural», lo que resulta significativo hoy.

quien habla? Y creo que tal vez, sin mi deseo ni mi discernimiento, yo he venido en todos estos tiempos diciéndole a mi padre [la crueldad con que mataron a sus padres]: *por eso es que te vengo. Diciendo la verdad de los hechos de nuestra vida, así es como te vengo*. El mestizaje, aquí, es inseparable de la marginación o servidumbre laboral.

Es esa gente que viene y dice «por eso es que te vengo, diciendo la verdad de los hechos» pues «harta sangre viniendo es lo que sueño», repetía el mestizo Zósimo, recordando los cantares de los antiguos mexicanos.

Una venida de la justicia, aún con sus ideales contradictorios, quizá ilusorios en cierto modo, era lo que José María Arguedas aportó y su final puso de relieve hasta qué punto esa justicia, esa verdad, tan necesarias como peligrosas, todavía no estaban —aún hoy no lo están— al alcance de la mano; sólo si fueran asumidas entre todos podrían transformarse en hechos nuevos de la realidad, pero en hechos y no en ideas. Para terminar, el indio Ciprian Phuturi dijo que «la vida entre nosotros, en los ayllus [aldeas andinas] era vivir bien en un solo corazón, sin odios ni insultos. El ayllu es darse fuerzas mutuamente, ayudarse, vivir en reciprocidad, vivir bien esta vida», pero reconocía que «nosotros, seres humanos del ayllu, no podemos confiar ni en el mestizo ni en el español [de origen]; mucho, demasiado parasitan con nuestro sudor, así es»⁵. Sin embargo, la población indígena, por un lado, tampoco está exenta de envidias y rivalidades.

Finalmente, querría transmitir aquí uno de los primeros cuentos que Arguedas escribió: «Warma kuyay (Amor de niño)»⁶, del que su autor dijo estas palabras:

«Cuando empecé a escribir no tenía la menor idea de que hubiera técnicas para escribir, Warma kuyay, amor de niño, lo escribí en un estado de total inocencia en cuanto a la técnica literaria, y resultó ser el mejor de los cuentos que he escrito» (Primer encuentro de escritores).

Warma kuyay
(Amor de niño)

«Noche de luna en la quebrada de Viseca.

*Pobre palomita, por dónde has venido,
Buscando la arena por Dios, por los cielos.*

⁵ *Testimonio de un fracaso. Huando. Habla el sindicalista Zósimo Torres*, por Charlotte Burenus, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2001, págs. 197-201. Y Ciprian Phuturi Suni, *op. cit.*, pág. 145. Véase también el libro de Luis Millones, *Las confesiones de Juan Vázquez*, ed. IFEA, Lima, 2002 (historia de un indio procesado por la inquisición en el siglo XVIII, para ilustrar la persecución de los indios).

⁶ J.M. Arguedas, *Relatos Completos*, ed. Alianza, 1983.

—¡Justina! ¡Ay, Justinita!

*En un verso largo canta la gaviota,
Memoria me deja de gratos recuerdos.*

—¡Justinay, te pareces a las torcazas de Sausiyok!

—¡Déjame, niño, anda donde tus señoritas!

—¿Y el Kutu? ¡Al Kutu le quieres, su cara de sapo te gusta!

—¡Déjame, niño Ernesto! Feo, pero soy buen laceador de vaquillas y hago temblar a los novillos de cada zurriago. Por eso Justina me quiere.

La cholita se rió, mirando al Kuru; sus ojos chispeaban como dos luceros.

—¡Ay, Justinacha!

—¡Zonzo, niño zonzo! —habló Gregoria, la cocinera.

Celedonia, Pedrucha, Manuela, Natacha... soltaron la risa; gritaron a carcajadas.

—¡Zonzo niño!

Se agarraron de las manos y empezaron a bailar en ronda, con la musiquita de Julio el charanguero. Se volteaban a ratos, para mirarse, y reían. Yo me quedé fuera del círculo, avergonzado, vencido para siempre.

Me fui hacia el molino viejo; el blanqueo de la pared parecía moverse, como las nubes que correteaban en las laderas del «Chawala». Los eucaliptos de la huerta sonaban con ruido largo e intenso; sus sombras se tendían hasta el otro lado del río. Llegué al pie del molino, subí a la pared más alta y miré desde allí la cabeza del «Chawala»: el cerro medio negro, recto, amenazaba caerse sobre los alfalfares de la hacienda. Daba miedo por las noches; los indios nunca lo miraban a esas horas y en las noches claras conversaban siempre dando las espaldas al cerro.

—¡Si te cayeras de pecho, tayta «Chawala», nos moriríamos todos!

En medio del Witron, Justina empezó otro canto:

*Flor de mayo, flor de mayo,
flor de mayo primavera,
por qué no te liberaste
de esa tu falsa prisionera.*

Los cholos se habían parado en círculo y Justina cantaba al medio. En el patio inmenso, inmóviles sobre el empedrado, los indios se veían como estacas de tender cueros.

—Ese punto negro que está al medio es Justina. Y yo la quiero, mi corazón tiembla cuando ella se ríe, llora cuando sus ojos miran al Kutu. ¿Por qué, pues, me muero por ese puntito negro?

Los indios volvieron a zapatear en ronda. El charanguero daba voces alrededor del círculo, dando ánimos, gritando como potro enamorado. Una paca-paca empezó a silbar desde un sauce que cabeceaba a la orilla del río; la voz del pájaro maldecido daba miedo. El charanguero corrió hasta el cerco del

patio y lanzó pedradas al sauce; todos los cholos le siguieron. Al poco rato el pájaro voló y fue a posarse sobre los duraznales de la huerta; los cholos iban a perseguirle, pero Don Froilán apareció en la puerta del Witron.

—¡Largo! ¡A dormir!

Los cholos se fueron en tropa hacia la tranca del corral; el Kutu se quedó solo en el patio.

—¡A ése le quiere!

Los indios de Don Froilán se perdieron en la puerta del caserío de la hacienda, y Don Froilán entro al patio tras de ellos.

—¡Niño Ernesto! —llamó el Kutu.

Me bajé al suelo de un salto y corrí hacia él.

—Vamos, niño.

Subimos al callejón por el lavadero de metal que iba desmoronándose en un ángulo del Witron; sobre el lavadero había un tubo inmenso de fierro y varias ruedas enmohecidas, que fueron de las minas del padre de Don Froilán.

Kutu no habló nada hasta llegar a la casa de arriba.

La hacienda era de Don Froilán y de mi tío; tenía dos casas. Kutu y yo estábamos solos en el caserío de arriba; mi tío y el resto de la gente fueron al escarbe de papas y dormían en la charca, a dos leguas de la hacienda.

Subimos las gradas, sin mirarnos siquiera; entramos al corredor, y tendimos allí nuestras camas para dormir alumbrados por la luna. El Kutu se echó callado; estaba triste y molesto. Yo me senté al lado del cholo.

—¡Kutu! ¿Te ha despachado Justina?

—¡Don Froilán la ha abusado, niño Ernesto!

—¡Mentira, Kutu, mentira!

—¡Ayer no más la ha forzado; en la toma de agua, cuando fue a bañarse con los niños!

—¡Mentira, Kutu, mentira!

Me abracé al cuello del cholo. Sentí miedo; mi corazón parecía rajarse, me golpeaba. Empecé a llorar. Como si hubiera estado solo, abandonado en esa gran quebrada oscura.

—Déjate, niño! Yo, pues, soy «endio», no puedo con el patrón. Otra vez, cuando seas «abugau», vas a fregar a Don Froilán.

Me levantó como a un becerro tierno y me echó sobre mi catre.

—Duérmete, niño! Ahora le voy a hablar a Justina para que te quiera. Te vas a dormir otro día con ella, ¿quieres, niño? ¿Acaso? Justina tiene corazón para ti, pero eres muchacho todavía, tiene miedo porque eres niño.

Me arrodillé sobre la cama, miré al «Chawala» que parecía terrible y fúnebre en el silencio de la noche.

—¡Kutu: cuando sea grande voy a matar a Don Froilán!

—¡Eso sí, niño Ernesto! ¡Eso sí! ¡Mak'tasu!

La voz gruesa del cholo sonó en el corredor como el maullido del león que entra hasta el caserío en busca de chanchos. Kutu se paró; estaba alegre, como si hubiera tumbado al puma ladrón.

—Mañana llega el patrón. Mejor esta noche vamos a Justina. El patrón seguro te hace dormir en su cuarto. Que se entre la luna para ir.

Su alegría me dio rabia.

—¿Y por qué no matas a Don Froilán? Mátale con tu honda, Kutu, desde el frente del río, como si fuera puma ladrón.

—¡Sus hijitos, niño! ¡Son nueve! Pero cuando seas «abugau» ya estarán grandes.

—¡Mentira, Kutu, mentira! ¡Tienes miedo, como mujer!

—No sabes nada, niño ¿Acaso no he visto? Tienes pena de lo becerritos, pero a los hombres no los quieres.

—¡Don Froilán! ¡Es malo! Los que tienen hacienda son malos; hacen llorar a los indios como tú; se llevan las vaquitas de los otros, o las matan de hambre en su corral. ¡Kutu, Don Froilán es peor que toro bravo! Mátale no más, Kutucha, aunque sea con galga, en el barranco de Capitana.

—¡Endio no puede, niño! ¡Endio no puede!

¡Era cobarde! Tumbada a los padrillos cerriles, hacía temblar a los potros, rajaba a látigos el lomo de los aradores, hondeaba desde lejos a las vaquitas de los otros cholos cuando entraban a los potreros de mi tío, pero era cobarde. ¡Indio perdido!

Le miré de cerca: su nariz aplastada, sus ojos casi oblicuos, sus labios delgados, ennegrecidos por la coca. ¡A éste le quiere! Y ella era bonita: su cara rosada estaba siempre limpia, sus ojos negros quemaban; no era como las otras cholas, sus pestañas eran largas, su boca llamaba al amor y no me dejaba dormir. A los catorce años yo la quería; sus pechitos parecían limones grandes, y me desesperaban. Pero ella era de Kutu, desde tiempo; de este cholo con cara de sapo. Pensaba en eso y mi pena se parecía mucho a la muerte. ¿Y ahora? Don Froilán la había forzado.

—¡Mentira, Kutu! ¡Ella misma, seguro, ella misma!

Un chorro de lágrimas saltó de mis ojos. Otra vez el corazón me sacudía, como si tuviera más fuerza que todo mi cuerpo.

—¡Kutu! Mejor la mataremos los dos a ella, ¿quieres?

El indio se asustó. Me agarró la frente: estaba húmeda de sudor.

—¡Verdad! Así quieren los mitis.

—¡Llévame donde Justina, Kutu! Eres mujer, no sirves para ella. ¡Déjala!

—¡Cómo no, niño, para ti voy a dejar, para ti solito! Mira, en Wayrala se está apagando la luna.

Los cerros ennegrecieron rápidamente, las estrellitas saltaron de todas partes del cielo; el viento silbaba en la oscuridad, golpeándose sobre los duraznales y eucaliptos de la huerta; más abajo, en el fondo de la quebrada, el río grande cantaba con su voz áspera.

Despreciaba al Kutu; sus ojos amarillos, chiquitos, cobardes, me hacían temblar de rabia.

—¡Indio, muérete mejor, o lárgate a Nazca! ¡Allí te acabará la terciana, te enterrarán como a perro! —le decía.

Pero el novillero se agachaba no más, humilde, y se iba a Witron, a los alfalfares, a la huerta de los becerros, y se vengaba en el cuerpo de los animales de Don Froilán. Al principio yo lo acompañaba. En las noches entrábamos, ocultándonos, al corral; escogíamos los becerros más finos, los más delicados; Kutu se escupía en las manos, empuñaba duro el zurriago, y les rajaba el lomo a los torillitos. Uno, dos, tres... cien zurriagazos; las crías se retorcían en el suelo, se tumbaban de espaldas, lloraban; y el indio seguía, encorvado, feroz. ¿Y yo? Me sentaba en un rincón y gozaba. Yo gozaba.

—¡De Don Froilán es, no importa! ¡Es de mi enemigo!

Hablaba en voz alta para engañarme, para tapar el dolor que encogía mis labios e inundaba mi corazón.

Pero ya en la cama, a solas, una pena negra, invencible, se apoderaba de mi alma y lloraba dos, tres horas. Hasta que una noche mi corazón se hizo grande, se hinchó. El llorar no bastaba; me vencían la desesperación y el arrepentimiento. Salté de la cama, descalzo, corrí hasta la puerta; despacio abrí el cerrojo y pasé al corredor. La luna ya había salido; su luz blanca bañaba la quebrada; los árboles rectos, silenciosos, estiraban sus brazos al cielo. De dos saltos bajé al corredor y atravesé corriendo el callejón empedrado, salté la pared del corral y llegué junto a los becerritos. Ahí estaba «Zarinacha», la víctima de esa noche; echadita sobre la bosta seca, con el hocico en el suelo; parecía desmayada. Me abracé a su cuello; la besé mil veces en su boca con olor a leche fresca, en sus ojos negros y grandes.

—¡Niñacha, perdóname! ¡Perdóname mamaya!

Junté mis manos y, de rodillas, me humillé ante ella.

—¡Ese perdido ha sido, hermanita, yo no! ¡Ese Kutu canalla, indio perro!

La sal de las lágrimas siguió amargándose durante largo rato.

«Zarinacha» me miraba seria, con su mirada humilde, dulce.

—¡Yo te quiero, niñata, yo te quiero!

Y una ternura sin igual, pura, dulce, como la luz en esa quebrada madre, alumbró mi vida.

A la mañana siguiente encontré al indio en el alfalfar de Capitana. El cielo estaba limpio y alegre, los campos verdes, llenos de frescura. El Kutu ya se iba tempranito, a buscar «daños» en los potreros de mi tío, para ensañarse contra ellos.

—Kutu, vete de aquí —le dije—. En Viseca ya no sirves. ¡Los comuneros se ríen de ti, porque eres maula!

Sus ojos opacos me miraron con cierto miedo.

—¡Asesino también eres, Kutu! Un becerrito es como una criatura. ¡Ya en Viseca no sirves, indio!

—¿Yo no más, acaso? Tú también. Pero mírale al tayta Chawala: diez días más atrás me voy a ir.

Resentido, penoso como nunca, se largó al galope en el bayo de mi tío.

Dos semanas después, Kutu pidió licencia y se fue. Mi tía lloró por él, como si hubiera perdido a su hijo.

Kutu tenía sangre de mujer: le temblaba a Don Froilán, casi a todos los hombres los temía. Le quitaron su mujer y se fue a ocultar después en los pueblos del interior, mezclándose con las comunidades de Sondondo, Chacralla... ¡Era cobarde!

Yo, solo, me quedé junto a Don Froilán, pero cerca de Justina, de mi Justinacha ingrata. Yo no fui desgraciado. A la orilla de ese río espumoso, oyendo el canto de las torcazas y de las tuyas, yo vivía sin esperanzas; pero ella estaba bajo el mismo cielo que yo, en esa misma quebrada que fue mi nido. Contemplando sus ojos negros, oyendo su risa, mirándola desde lejitos, era casi feliz, porque mi amor por Justina fue un «*warma kuyay*» y no creía tener derecho todavía sobre ella; sabía que tendría que ser de otro, de un hombre grande, que manejara ya zurriago, que echara ajos roncós y peleara a látigos en los carnavales. Y como amaba a los animales, las fiestas indias, las cosechas, las siembras con música y *jarawí*, viví alegre en esa quebrada verde y llena del calor amoroso del sol. Hasta que un día me arrancaron de mi querencia, para traerme a este bullicio, donde gentes que no quiero, que no comprendo.

El Kutu en un extremo y yo en otro. El quizá habrá olvidado: está en su elemento; en un puebleciyo tranquilo, aunque maula, será el mejor novillero, el mejor amansador de potrancas, y le respetarán los comuneros. Mientras yo, aquí, vivo amargado y pálido, como un animal de los llanos fríos, llevado a la orilla del mar, sobre los arenales candentes y extraños».